La Voz de Galicia

Tres ediciones diarias

Año XXI | **SUSCRIPCIÓN** PAGO ADELANTADO — LA CORUÑA, al mes. . . . . . 1 peseta; Provincias, trimestre. . . . . . 4 »; Ultramar, trimestre. . . . . . . 9 ». LA VOZ DE GALICIA es el periódico de mayor circulación en la región galaica | **LA CORUÑA.—Sábado 8 de Febrero de 1902** — DIRECTOR PROPIETARIO: **J. FERNÁNDEZ LATORRE** | **ANUNCIOS** PAGO ADELANTADO — En cuarta plana . . . . 0'05 pesetas línea; En tercera idem . . . . 0'30 —; Comunicados, á precios convencionales. Redacción, Administración é imprenta: Santiago, núm. 4.—Teléfono núm. 5. | **N.° 6.553**

HAY QUE DECIDIRSE

Otra vez se ha vuelto sobre el tema de la colonización de los nuevos territorios adquiridos en Africa, y bajo la impresión honda, perdurable que ha producido en los espíritus el desastre final de la pérdida de las colonias que conservábamos en América y Oceanía, se levanta una oposición tenaz á que se aprueben los créditos consignados por el ministro de Estado en el presupuesto de Fernando Póo y del Muni.

Convengamos en que se ha rectificado completamente el juicio que en España se tenía de lo que debe ser la política colonial y la inversión que haya de darse á las consignaciones referidas. Y ayer la opinión pública y la atención del Parlamento se hallaban desviadas de estas interesantes cuestiones que afectan á la integridad nacional y á la difusión de los elementos mercantiles que constituyen el nervio de nuestra riqueza, se cae hoy en el extremo de consagrarles una preferencia excepcional, aquietada por la desconfianza de los que creen ver en todo proyecto de colonización motivo de censura para el ministro que lo patrocina.

Rebasaron la medida los elogios que á la adquisición de los nuevos territorios de Africa dedicaron los periódicos oficiosos. Nada menos que se nos venía á las manos un campo rico é inextenso de explotación comercial, de varia y abundante producción que se ofrecía á la corriente emigratoria de la Península como instrumento apropiado y remunerador de trabajo.

Y cuando tal se afirmaba, aun no se había explorado de un modo oficial y conveniente la nueva colonia del Muni; estaban por reconocer su importancia geográfica y económica, se confundían con los de las posesiones alemanas y francesas los límites de las recuperadas mejor que adquiridas por España, y corrían noticias contradictorias de su valer y de los recursos disponibles para su explotación agrícola.

Pero viene ahora la rebaja del ditirambo irreflexivo con el debate apasionado. Justo es que se sometan al juicio contradictorio de la crítica los créditos presupuestos para las posesiones abandonadas del golfo de Guinea y los territorios desconocidos del Muni; no estuvo mal que en cuanto los recursos consignados no aparecían en los informes ministeriales con la diafanidad indispensable, y aquéllos pormenores de concepto que son precisos para apreciar la utilidad de su aplicación, les opusieran las minorías parlamentarias su veto restrictivo.

Mas se trata sólo de investigar sobre documentos oficiales de incuestionable exactitud presentados por el ministro de Estado á las Cortes la cuantía de las consignaciones comprendidas en el proyecto de presupuesto colonial á la vista de los beneficios probables de la colonización; las ventajas de los sistemas propuestos y la enumeración detallada de los distintos planes de gobierno, administración y economía que el ministro ha ideado, rompiendo con la incuria consuetudinaria para hacer de los territorios africanos cedidos por Francia algo más que afrentosos presidios ó lugares inhabitados de manifiesta inutilidad para España.

Y una de dos. O tenemos que confesar el error de su adquisición y de volver ó enagenar esos territorios como carga superior á nuestra capacidad creadora, ó hemos de pensar seriamente en roturarlos y explotarlos, haciendo de ellos por su buena administración y gobierno, un elemento activo de producción y de comercio.

LA TUNA PORTUGUESA

En La Coruña

En el escaparate de un establecimiento de modas situado en la calle de San Nicolás, núm. 14, hállase expuesta hoy al público la artística corona que los estudiantes coruñeses dedican á sus compañeros de la Tuna portuense, con motivo de la visita de ésta á nuestra población.

Afecta aquélla la forma de una lira, y está formada por un precioso grupo de hojas de laurel y roble, con bellotas plateadas y espigas de oro, cerrando el hueco central de la corona una airosísima palma.

Completan el conjunto unos preciosos lazos con los colores nacionales de las dos naciones hermanas, y en sus cintas, sobrepuesta con letras doradas, se lee esta inscripción: «A nuestros compañeros de Oporto, los estudiantes de La Coruña».

El obsequio es digno del objeto á que se dedica, y hace honor al buen gusto que preside todos las trabajos de la casa antes referida, á cuyo cargo ha corrido la ejecución del mismo.

A las doce de la mañana de hoy se reunirá el claustro del Instituto general y técnico de esta capital para acordar la forma en que habrá de cooperar al recibimiento de la tuna de Oporto.

Probablemente los estudiantes portugueses serán invitados para que visiten el Instituto donde tal vez se les obsequiará.

(POR TELÉGRAFO)

En Santiago

SANTIAGO 7—18.

La comisión de estudiantes de esta ciudad que tiene el encargo de preparar el recibimiento á la Tuna portuguesa continúa efectuando activos trabajos en tal sentido.

Esta noche es esperada la comisión de la Tuna, encargada de preparar los hospedajes.

Mañana dará la Tuna compostelana un concierto en el Teatro Principal, que promete resultar lucidísimo, á juzgar por el gran pedido que hay de localidades.

La Tuna portuguesa debe llegar á Santiago en el tren de las 9'30 de la mañana.

A la estación bajarán, en carruajes, comisiones de los centros de recreo y las autoridades.

En el andén se situará la música municipal, que ejecutará el Himno portugués al entrar el tren en agujas.

Desde la estación se dirigirá la Tuna al teatro, donde se verificará la recepción oficial y se cambiarán afectuosos saludos y discursos, dando la bienvenida á los escolares portugueses.

La sociedad Recreo Artístico les obsequiará mañana con un baile y un *lunch*.

El Casino les dará un banquete el domingo.

Se teme que el mal estado del tiempo desluzca el recibimiento.—*Naveira.*

En Pontevedra

PONTEVEDRA 7—15,50.

Hoy ha llegado á esta ciudad la tuna de Oporto.

El recibimiento hecho á la colectividad portuguesa ha sido verdaderamente magno.

Una muchedumbre compacta llenaba la estación y las inmediaciones.

Figuraban entre ella Comisiones del Municipio, sociedades de recreo, centros de enseñanza y prensa local.

Al llegar el tren fueron aclamados con entusiasmo los escolares.

Los vagones que les conducían venían engalanados con ramos de flores.

La música de beneficencia precedió á la tuna á su entrada en la población.

Las calles estaban por completo invadidas por la multitud.

Durante el trayecto se dispararon multitud de cubos de bombas

En los balcones, que ostentaban hermosas colgaduras, había grupos de lindas muchachas que arrojaban flores al paso de la tuna.

También les arrojaban coprichosos lazos de raso.

Los tunos fueron víctoreados y aclamados por la multitud.

Desde la estación se dirigió la Tuna al Gobierno civil, donde fueron agasajados los portugueses por el Sr. Sáenz Marquina.

El presidente de la colectividad escolar portuguesa pronunció un elocuente discurso dando gracias por el brillante recibimiento que se les dispensó, y haciendo votos por la prosperidad de la región gallega.

El presidente de la Tuna fué muy aplaudido.

El Sr. Sáenz Marquina le contestó con palabras no menos elocuentes felicitándose por la llegada á Pontevedra de la Tuna portuguesa.

Esta pasó seguidamente á saludar al Ayuntamiento, siendo agasajadísimos los tunos en la Casa Consistorial, donde se les sirvió un espléndido *lunch*, al cual asistieron los concejales.

Por una y otra parte se pronunciaron frases encomiásticas para España y Portugal, se brindó por la fraternidad ibérica, y se dieron vivas á la raza latina.

Todos los brindis fueron acogidos con ruidosos aplausos.

Durante el *lunch* la Tuna ejecutó la Marcha Real española y el Himno portugués.

En el momento en que telegrafío la Tuna se dispone á visitar á la prensa y á las sociedades de recreo.

Mañana en el primer tren saldrán los estudiantes portugueses para Santiago, donde estarán el domingo de Carnaval.

Se propone la Tuna estar el lunes en La Coruña.—*Landín.*

POR LOS SUCESOS DE MAYO

AGRESIÓN al teniente Vázquez

El suceso del día

Lo ocurrido ayer en el Campo de la Leña fué y sigue siendo el suceso del día.

Por eso hemos de consagrarle alguna extensión.

No se hablaba de otra cosa, sobre todo entre el elemento obrero, del cual son conocidísimos el agredido y el agresor; éste por razones de antiguo compañerismo, puesto que fué obrero, y aquél por razón del cargo de teniente de la Guardia civil que ejerció hasta hace poco, por el de teniente visitador de la empresa de consumos que ahora desempeña, y sobre todo por la intervención que tomó, como oficial de la benemérita, en los deplorables sucesos de Mayo.

Imparcialmente vamos á referir los hechos con cuantos detalles hemos podido adquirir.

La agresión

A la una, próximamente, de la tarde, cuando el teniente visitador de consumos, D. Pedro Vázquez, se dirigía por el Campo de la Leña á su domicilio, hacia la calle de Orillamar, núm. 16, en donde habita, salióle de improviso al encuentro un hombre joven, y sin decir nada, le disparó á distancia de dos metros un tiro de revólver.

Se revolvió el agredido, enarboló un bastón que llevaba y apaleó al ofensor, que retrocediendo aunque no mucho, siguió haciendo disparos.

De las cinco cápsulas del revólver sistema Buldog, disparó tres. Dos fallaron.

El último proyectil hirió al Sr. Vázquez.

Penetró por detrás de la oreja izquierda, y salió por la megilla del mismo lado, rozando la piel. La región malar llaman los médicos á este punto.

El agresor asió el bastón con qué el señor Vázquez le golpeaba, en el momento de hacer el disparo último.

Llegaron á aproximarse más. Se asieron uno y otro de las ropas, y forcejearon un momento.

Todo esto fué muy rápido.

Las detonaciones produjeron la natural alarma.

El Campo de la Leña se hallaba bastante concurrido.

Por las calles que allí afluyen transitaba no poca gente.

Ocurrió el hecho á vuela pluma referido (y que amplían los detalles que siguen), hacia el final del Campo, frente á la capilla de San Roque, próximo á un puesto de telas que allí existe, y al lado de una especie de surco ó canaleta abierta en aquel paraje para el curso de las aguas.

Acudieron varias personas.

Huyeron otras, que presenciaron la agresión, al ver la actitud decidida del agresor y al sentir los tiros.

Se aproximó, sable en mano, el municipal Vicente Varela. Detuvo ó trató de detener al agresor.

Corriendo se acercó también el Guardia civil Manuel Món Parral, que bajaba por la calle de la Torre.

Oyó los disparos, desenvainó también el sable y se fué hacia el grupo.

—¡Entrégate ó te atravieso! - dijo al del revólver.

—No me haga daño—replicó él.—Iré con usted á donde V. quiera.

Se le sujetó.

El revólver, que había caído al suelo, fué recogido.

El agresor tenía sangre en las manos y en las ropas, efecto de la rapidísima lucha cuerpo á cuerpo que con el teniente Vázquez había sostenido.

Este mientras tanto huía hacia el cuartel de Zamora.

La gente le seguía arremolinándose, pero abriéndole calle sin embargo.

De entre los grupos partían voces para él amenazadoras.

—¡Es el criminal de Mayo!

—Espérate, no corras, ¡hay que rematarlo!

Para la aprehensión del agresor cooperó un tal Caridad, vendedor de agua de limón fría.

—¡A ese había que andarle con la cara!—decían momentos después algunos sujetos, que comentaban los hechos en el citado Campo.

—No conocía á uno ni á otro—replicaba uno que defendía á Caridad.—Yo tuve que decírselo: ¡Estúpido, qué has hecho! ¡El herido era Vázquez, el de los sucesos de Mayo!

El Sr. Vázquez fué curado en el cuartel de Zamora.

Del de Zaragoza salió hacia el Campo de la Leña un cabo con dos soldados cuando ya todo había concluido.

Llevaban calada la bayoneta.

La intervención de esta fuerza resultó inútil. Regresó al cuartel á los pocos momentos.

El agresor fué llevado á la casilla de la Plaza de Abastos por el municipal y el guardia civil.

Siguióles numeroso público, que se atropellaba por ver al agresor.

Este avanzaba sereno, perfectamente tranquilo, aunque muy pálido.

Vázquez pasó desde el cuartel á su casa, á pie. Le acompañaba un hijo suyo.

Tal fué el suceso.

Nuestra información.--Hablando con el teniente Vázquez

Estuvimos por la tarde en su casa.

Con él estaban varias personas. Entraban y salían agentes del resguardo de consumos.

También vimos allí á algún oficial de la Guardia civil.

El Sr. Vázquez se hallaba en el lecho. Tenía un pañuelo atado á la cara.

Puede hablar bien. Se expresa con vivacidad y sin molestia. Su estado parece bueno.

—¿.....?

—Salí de casa hoy (por ayer) á las ocho y media de la mañana, para recorrer el recinto.

Me había retirado á las cuatro de la madrugada, después de mi largo paseo de costumbre por Riazor, Santa Margarita, Nelle, Caballeros, Gaiteira, Orillamar y la Estrada.

Llevo de noche un revólver. Al salir esta mañana no lo tenía. Me apoyaba en un bastón.

Llegué á la Estrada al salir de casa, y divisé bastantes botes frente á las rocas..

Llamé al dependiente Manuel Serantes, allí de servicio.

—Cuidado, ¿eh? Veo muchos botes y puede intentarse cualquier matute.

Seguí luego hacia el Parque de Artillería, con ánimo de proseguir luego hasta la Puerta de San Miguel.

Vi á distancia á dos hombres. Se dirigían á la orilla del mar.

Marché en la mismo dirección.

—¿Qué aspecto tenían?

—Malo. Uno era alto, mal encarado, y vestía blusa. Tenía boina. El otro, más bajo, delgado, de chaqueta, y también con boina. Ambos, de bigote.

Sin otras precauciones, seguí andando.

Retrocedieron y fueron á situarse en la rampa que sube al callejón de San Benito.

Al poco rato distinguí á otro individuo, de traje oscuro y sombrero flexible. ¡Las mismas señas del asesino del Campo de la Leña.

(Todo lo que va dicho es textual. Relato del Sr. Vázquez.)

Este tercer desconocido—siguió diciendo—se encaminó hacia la puerta del Parque. Yo no lo perdía de vista, aunque se hacía menos sospechoso que los otros dos.

Con ellos fué á reunirse á poco en el callejón citado. Los ví charlar un instante.

Volvió hacia el Parque.

Pausa breve. Yo seguía encaminándome hacia la costa. La proximidad de algunas embarcaciones me afirmaba en la creencia de que se trataba de un intento de fraude á la empresa de consumos.

Vi al del traje oscuro sacar un pañuelo blanco y agitarlo.

—¿Querría sonarse?

—¡No! Lo agitó como si hiciese señas.

Me intrigó tanto todo ello que dí orden al carabinero allí de punto para que hiciese atracar un bote más contiguo á fin de reconocerlo.

Obedeció el único tripulante que en la embarcación había. Era un pobre pescador *de liña.*

Atracó el bote á la punta del Parque.

Saltó á bordo el carabinero y reconoció la embarcación. No había nada sospechoso. Unos cuantos peces.

Protestó el marinero contra el que juzgo inesperado llamamiento.

—¿Que dijo?

—Que era un hombre de bien... que estaba ganando «el pan»... etc. Yo le repliqué desde lo alto de las peñas, punto en donde me había situado para presenciar el reconocimiento, diciendo que el carabinero cumplía con su deber.

Se fué con su bote.

A todo esto, había vuelto á aproximarse el sujeto del traje oscuro.

Me puse en guardia.

—¡Caramba!—pensé.—¿Si querrán precipitarme desde aquí al agua?

Eché á andar. El desconocido, sin dejar de mirarme, se aproximó al carabinero.

—¿Vió V. por ahí—le dijo—unas ovejas?

El carabinero no las había visto.

—Pero diga V.—preguntamos nosotros al Sr. Vázguez—¿cuánto tiempo transcurrió en todo esto?

—Una hora. Lo menos una hora. Pero hubo más. Por detrás de las trincheras medio destruídas de la Escuela práctica de Artillería ví aparecer á otros tres hombres, también de aspecto dudoso. Me parecieron obreros.

—¿Qué traje vestían?

—No puedo precisarlo. Mi atención estaba fija en el del sombrerito... Ya frente al Parque penetró en la parte derruída del mismo, en donde pastan las ovejas.

Había allí algunas.

Franqueó el portón: una pesada reja formada por gruesos barrotes de madera.

Fuí tras él.

Lo encontré en el recinto, con las manos en los bolsillos, mirando á los lados, sin hacer nada.

Al verme, dió una vuelta, como disimulando, y salió.

Yo hice sonar el pito de alarma.

Quería que acudiese algún dependiente, porque aquellas idas y venidas me iban intrigando.

Llamaba al agente que presta servicio no muy lejos: en la huerta de Cervigón. Se llama José Estévez.

Volví á dejar oir otra pitada.

Acudió el guardia al principio citado, de servicio en la Estrada, Manuel Serantes.

Traté de salir. Llegué á la puerta.

Estaba cerrada por fuera, con cerrojo.

— ¡Ah, canario!—me dije—esto se complica.

Juzgué que se me trataba de encerrar para la ejecución del alijo que yo presumía. ¡Yo siempre con la idea del matute!

—Pero—pregunta nuestra—¿no se le ocurrió á V. que podía tratarse de alguna agresió contra V.?

—No... ¡no, señor!... ¿Dice V. por lo de Mayo?

¡Bah!... como ya pasó tanto tiempo. Al principio, cuando entré en consumos, anduve prevenido... pero luego, ¡claro!... ¡quién iba á suponer!.

—Siga V. contando... ¿Y después?

—Viéndome encerrado, ya estaba pensando por dónde saltar cuando se me ocurrió... lo natural, pasar un brazo á través de los barrotes de la reja y descorrer el cerrojo.

Salí. Me encontré á los guardias.

Los sujetos indicados habían desaparecido todos.

Me tranquilicé. Dí algunas órdenes y me fuí. ¿Itinerario? Hospital Militar, muralla caida, tinglados de la Aduana, etc., hasta las oficinas de la empresa, en Sánchez Bregua.

Cuando llegué allí eran las doce y media.

—Pues...—continuó diciéndonos el Sr. Vázquez—al llegar á la administración referí á los jefes lo que me acababa de pasar.

Hablé con el administrador, Sr. Ortas, y con el teniente visitador D. Paco Sánchez.

—¿Pero V. no es visitador también?—dijímosle.

—No. Yo soy jefe del personal: sinónimo de visitador general.

Comentamos los hechos, y convinimos en la necesidad de adoptar precauciones, en-

cia, si se urde alguna trama, si se intenta alguna cosa en contra de su prometida, á quien ama, á quien adora; si algo de eso sucede, á ese hombre le echaré la culpa, le haré responsable de lo que suceda, de cualquier lazo que se les tienda, de cualquier obstáculo que se suscite, de cualquier accidente que sobrevenga, y juro á Dios que le mataré sin piedad, como á un perro rabioso, como á mi mayor enemigo, como á un bandido.

—Tontería, inútil charla—dijo el otro friamente;—os pido por favor que os moderéis. Cualquiera creería que estamos disputando, ó que se trata de mi humilde persona; que queréis apropiarme el retrato tan poco halagüeño que acabáis de hacer de ese personaje...

Y añadió con el tono más inocentón del mundo:

—Encuentro de un gusto bastante gastado el bromazo que acabáis de darme, y que se llama, según creo, en el lenguaje artístico, *carda*, ó carga, y la verdad, cuando á uno se le cuentan cosas que no comprende...

—¡Caballero!

—Sí, ya sé que los artistas son por lo general muy bromistas. Les gusta reirse del prójimo. Pues bien, si yo tomase en serio el ensayo de intimidación que acabáis de hacer, me apresuraría á dirigiros á mi vez una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Con qué derecho os atrevéis á intervenir en semejante asunto?

—¿Con qué derecho?

—Sí; *¿con qué derecho?* La felicidad, la boda, la dicha de la futura de vuestro amigo están amenazadas; aseguráos bien, sólo por-

que esta última ha sido perseguida por una admiración, platónica y á distancia, que no es, después de todo, más que un homenaje tácito prestado á sus encantos, y que un celoso, ¿me comprendéis bien? que un celoso ha podido, en medio de su ceguera, juzgar excesiva.

¿Pues qué, acaso el señor de Rosargues es algún muñeco? ¿Acaso no es bastante crecidito para defenderse, á la vez que defiende á su tesoro, para vengar esa supuesta ofensa y para arrostrar cualquier peligro que se oponga al logro de sus deseos? ¿Tiene acaso necesidad del *apoyo de un brazo ajeno*? ¿Qué secreto interés os empuja á sustituirle en misión tan delicada? Me parece que si el señor marqués os dirigiera por sí mismo estas preguntas, os veríais muy perplejo para darle una contestación satisfactoria.

En cambio, la sociedad, la opinión, contestaría por vos; el mundo, tan perspicaz en su maldad, no dejaría de insinuar, primero por lo bajo, y en alta voz después, que la señorita Obier es una golosina, verdadero bocado de rey, que pertenece unas veces á uno, y otras á dos—esto no lo digo yo, lo dice el proverbio, ese proverbio tan brutal;—y que la dote de la heredera del consejero es, no menos que su belleza, capaz de inflamar la mollera y de excitar la ambición de cualquiera que ande á cazar gangas. Y se puede asegurar que los cálculos no resultarían fallidos...

—¡Semejante insulto!...

Lázaro había dado un salto. Pero su cólera se estrelló contra la aparente calma de su interlocutor. Este protestó, diciendo siempre con la mayor tranquilidad:

XVIII

En donde Lázaro no logra encontrar á Guy, por más que le busca

Cuando se hubo marchado aquel hombre tan particular, Lázaro permaneció absorto, ensimismado. Su fisonomía se había puesto triste. Una arruga profunda surcaba su espaciosa frente, y se decía por lo bajo:

—¡Soy tonto, pero tonto de capirote! ¡Quién me ha mandado á mí decir ni una palabra? ¿Por qué me he presentado á él de esa manera? ¡Ahora ya conoce todas mis sospechas! Ese miserable es de una fuerza poco común. ¡Se ha defendido y me ha herido! ¡Y hasta me siento culpable de todas cuantas culpas me ha achacado! ¡Amar yo á la prometida, á la futura esposa de mi amigo? ¡Engañar á la confiada y leal amistad de mi mejor amigo, que es para mí más que un hermano! ¡No haberle salvado de las balas prusianas más que para que se me acuse de envidiar su felicidad! ¡Me saltaría ahora mismo la tapa de los sesos si supiera que semejantes sospechas tenían eco, que se me creía capaz de tal villanía, á mí, que no de-

tinto modo que vos, y creo que en realidad no merece la pena de que me déis las gracias. Yo soy el único que puede mostrarse agradecido, pues esta circunstancia me permite que pueda atestiguaros algo del profundo respeto y de la admiración que siento por vos, admiración que no tiene límites...

Esta admiración causaba daño á la joven, y por fortuna tuvo un pretexto para sustraerse á ella; la orquesta empezaba á preludiar. Dirigió los ojos hacia la señorita Herminia Obier, y la dijo con su vocecita mimosa:

—¡Oh, mamá! Van á tocar una tanda de valses. ¡El *Danubio*, de Straus! ¡Si quisieras que lo bailara!...

—¿Con tu prometido? No hay inconveniente, hija mía.

—¡Ah!—dijo el señor Ducudré con acento singular.—¡Ah! ¿Con que la señorita Obier se casa?

—¡Toma, claro! También yo he sido poco precavido; no os había dicho nada...—dijo el abogado Bernard.—Albina Obier se casa... Se casará dentro de poco tiempo con el marqués Guy de Rosargues, á quien tengo el honor de presentaros...

Los dos hombres se saludaron ceremoniosamente; después la muchacha se colgó del brazo de su pretendiente, y casi se lo llevó. El consejero dijo entonces:

—¿Supongo que no nos vamos á estar aquí con la boca abierta, viendo cómo saltan esos chicuelos? ¿Qué opináis de esto, mi querido compañero? ¿Y vos, señor Ducudré?...

—A vuestras órdenes, querido—le contestó el primero.

—Lo mismo digo—dijo el llamado Ducudré,